

LGBT Y CINE:

**llámenlo por
su nombre**



Una costumbre, motivada por el mundo digital, es la de clasificar o etiquetar las prácticas sociales. Categorías como LGBT han tomado la fuerza casi de un género, no solo en el cine sino también en la literatura y otras artes, lo que lleva a pensar que se ha creado una nueva fórmula para diferenciar algo que, en realidad, necesita normalizarse.

★CÉSAR NIERI¹

¹ Docente de la Universidad de Lima.

Recuerdo el final de *La boda de mi mejor amigo* (*My best friend's wedding*, P. J. Hogan, 1997), cuando Julia Roberts, resignada pero al mismo tiempo reconciliada con las circunstancias, recibe una llamada mientras observa, a lo lejos, a su amor perdido junto con su nueva esposa. Al otro lado de uno de esos celulares noventeros se oye la voz de George (interpretado por Rupert Everett), quien, en esa precisa escena, se terminaría de consolidar como mi personaje favorito, mi modelo de admiración, el hombre que quisiera llegar a ser. Era, después de todo, el que mejor vestía, el más ingenioso, elegante y carismático; sobre todo en contraste con el inexpresivo coprotagonista de la película. George es el incondicional cómplice de Julianne (Roberts) en su intento por impedir la boda entre su amigo de toda la vida, Michael (Dermot Mulroney), y Kimberly (Cameron Díaz). Es también la voz de la consciencia y el abanderado del buen sentido del humor, que manifiesta a través de un sarcasmo con acento inglés y buena entonación, tanto como para dar pie a uno de los momentos más memorables —y delirantes— del filme, cuando pone a cantar a todo un restaurante *I say a little prayer for you*. La misma canción que, en la última escena, baila con Julianne, no sin antes decirle, mientras se aproxima a ella, susurrándole al otro lado del teléfono:

Él viene hacia ti, se mueve como un gato de la selva. Y aunque acertadamente percibes que él es... gay, como la mayoría de hombres de su edad devastadoramente guapos, piensas 'qué diablos, la vida continúa'. Quizá no haya matrimonio, quizá no haya sexo; pero, por Dios, ¡habrá baile! (1:39:15).

En aquel entonces, cuando vi aquella película, debo haberme encontrado en la tardía infancia o ya a inicios de la temprana adolescencia; es decir, cuando la propia identidad se va construyendo día a día, con dificultad, entre tropiezos y recurriendo a piezas endebles, algo así como un castillo de naipes que cae desplomado al primer soplo, por ejemplo, cuando te fastidiaban de "cabro" en tu colegio solo para varones. Y *sorry* si suena feo, pero así, y mucho peor, sonaba para mí cuando me lo decían. Cuento esto no porque no me alcance para el psicoanalista, sino porque el viaje que me llevó a escribir así, como lo haré ahora, sobre *Llámame por tu nombre* (*Call me by your name*, Luca Guadagnino, 2017), es aquel que empezó en esa escena final de *La boda de mi mejor amigo* y continuó el año en el que se estrenó *Secreto en la montaña* (*Brokeback mountain*, Ang Lee, 2005).

Foto:
Llámame por tu nombre

De vuelta al cole, tenemos a esta joven versión de mí que recibía constantes burlas, acusaciones infundadas, sospechas gratuitas de que al joven le gustaba el resto de sus compañeros, etcétera. *Bullying*, que le llaman en estos tiempos modernos donde todo es más lindo si se dice en inglés y termina con "ing". El resultado: un sujeto de alrededor de trece años edificando un búnker de complejos que debió, más adelante, derrumbar en su paso a la vida adulta. La cosa es que, cuando llegaba a casa luego del colegio, y me miraba al espejo preguntándome qué veían esos muchachos granulientos que yo no notaba (para corregirlo o exorcizarlo), de pronto ya no me sentía tan bien de que George fuera mi personaje favorito del cine por aquel entonces. Temía que identificarme con él pudiera representar, en el fondo, un síntoma de aquella ¿condición? que yo no detectaba en mí, pero todos los demás parecían notar. George había sido el primer personaje homosexual en el que había reparado y dejó una huella en mí: primero por lo encantador que me pareció, y luego, por lo acomplexado que me sentí de que sea así, ya bajo el reflector envenenado de los insultos en el colegio.

Negué aquella dimensión de mi propia naturaleza, así como muchos hombres traicionan, diariamente, su lado más femenino para no sentir amenazada su virilidad. Machismo puro y duro, autocensura frente a la complejidad, prejuicios sin conservantes.

¿Era justo ese mundo en el que me había tocado vivir? No era justo, pero era cierto, y el yugo de los complejos continuó, a pesar de que en la universidad la existencia resultaba más fácil. Allí precisamente transcurría gran parte de mi vida cuando se estrenó *Secreto en la montaña*, y en ese 2005 aún me dolían lo suficiente las burlas escolares como para decirme a mí mismo que esa película no, no, nunca la iba a ver. Había sido suficiente con George, así que no me vengan con vaqueros.

Viajemos en el tiempo una vez más, ahora hasta hace aproximadamente dos o tres años, cuando una tarde de domingo por fin, en silencio y a solas, como si fuera un placer culposo, me di la oportunidad de ver qué onda con aquellos vaqueros y qué les pasó en esa montaña. Lo que sucedió fue que terminé

Foto:
*Secreto en la
montaña*



llorando con la escena final, cuando la camisa de uno de ellos permanece, en el ropero (qué ironía), junto a la del otro. Camisas manchadas con la sangre de ambos, con los fluidos de ambos, exactamente como sucede con la camisa que Elio le pide, como regalo (y recuerdo de su romance), a Oliver. En ambos casos sentí que esas prendas de ropa encarnaban un mismo símbolo de amor. Y lamento si me gano problemas con la comunidad al escribir esto, pero nunca pensé en ellos como estandartes LGTB sino simplemente como símbolos de amor, universal y transversal a todos nosotros.

Para mí este es el mayor mérito de *Llámame por tu nombre* y, por extensión, de *Secreto en la montaña*: al verlas incluso alguien como yo, a quien le costó dejar atrás el complejo de ser clasificado como un hombre gay (evidentemente no hay nada de malo, pero no lo soy, y el mundo será mejor cuando esto no se deba aclarar nunca), pudo encontrar historias de amor tan entrañables como las que hemos vivido o viviremos alguna vez. Si quieren que alguien se lo diga más claro, solo hace falta regresar a uno de los pasajes finales de *Llámame por tu nombre*, cuando el

padre de Elio reflexiona frente a él acerca de lo que su hijo ha podido experimentar (en lo que debería impartirse en las escuelas —contra los de “con mis hijos no te metas”— como una lección de buena paternidad). Ese sentimiento, esa experiencia despierta su envidia, pues él sintió que estuvo cerca pero nunca pudo conseguirlo. Quienes hemos padecido y disfrutado aquel amor que te construye y destruye al mismo tiempo, podemos comprender esas palabras, y celebrarlas. Que es lo que queda con aquellos amores que, aunque intensos, suelen ser esquivos, o respirar simplemente de recuerdo en una habitación de melancolía. Quizá Guadagnino estaría de acuerdo con esta metáfora de la habitación, y por eso su escena final nos presenta un primer plano de Elio, con la mirada inundada (literalmente y simbólicamente, de sus memorias), frente a la chimenea. Así que por qué mejor no lo llamamos por su nombre y, en vez de decir que se trata de películas LGTB, nos referimos a ellas como relatos de amor. Amor en su más pura, dolorosa y entrañable dimensión.

Pantalla y palabra

Cómo evitar comparar ambas películas si incluso coinciden en su génesis. La semilla, en ambos casos, fue una obra literaria. *Secreto en la montaña* es una adaptación del cuento *Brokeback Mountain* (homónimo del título en inglés del filme) de la escritora estadounidense Annie Proulx. Un relato corto y por eso me parece la película mejor lograda que lo que había ya plasmado la autora en su cuento. Siempre he creído que cuando el cine expande un universo, triunfa; pero que en varias ocasiones se queda corto ante la tortuosa tarea de sintetizar o amputarle algo del alma a un producto literario bastante completo (y complejo). Es decir, suele obtenerse un mejor resultado al ampliar, en una obra cinematográfica, lo que nació como un relato corto; en cambio, al adaptar novelas suele quedar un sinsabor, la sombra de que se han omitido detalles que hacen falta para redondear ese mundo ficticio, al menos para quienes leyeron la encarnación literaria de la historia. Esto último es lo que, considero, pasa un poco con *Llámame por tu nombre*, de nuevo una adaptación a la pantalla desde un libro, solamente que en esta ocasión de la novela homónima escrita por André Aciman.

En esta ocasión —por desconocimiento—, rompí mi norma de leer primero el libro y luego ver la película y, a pesar de eso, disfruté mucho más la novela, aunque en la pantalla la historia transpira otro tipo de encanto que tampoco debe desmerecerse, gracias a la sensibilidad visual de Guadagnino y su perspicacia narrativa. La cámara y sus planos exploran los puntos de vista para comunicar, a través de la imagen, el paisaje interno de los personajes. Generalmente se trata de un tratamiento visual que pareciera priorizar lo práctico, permitir que la acción avance; sin embargo, por momentos,



Fuente: Cultier

y en el contraste, se encuentra la expresividad, el punto de vista cambia a uno mucho más personal e íntimo. Una poética visual no del efectismo sino de la efectividad, de primero narrar claramente una historia y luego aportar a partir de aquello que se aleja del aspaviento, pero conecta con el corazón y con el ojo entrenado. Así, los planos parecen más distantes mientras más lejanos, en su conversación o trato, se encuentran Oliver y Elio; pero la cámara va cerrando su ojo voyeur conforme la intimidad entre los amantes se incrementa, ya se trate de una intimidad física o intelectual. Oliver suele aparecer como una figura observada, en un segundo plano, aparentemente alejado del mundo de Elio; hasta que él lo convoca a su lado, o viceversa. Y cuando están juntos, en comunión, la tensión parece concentrarse en los detalles a simple vista irrelevantes del paisaje, quebrando esa atmósfera distendida de las vacaciones, o en la apología a la piel y los cuerpos; ya sean los de carne y hueso o aquellos de las esculturas que despiertan la pasión del padre de Elio. Cuando el verbo es el cuerpo, la imagen prioriza aquella dimensión; cuando el discurso es la mirada, el lente se aproxima para permitir que el silencio de los detalles se exprese con autoridad.

Creo, además, que Hammer y Chalamet lo hacen excelente en sus papeles, sobre todo el segundo, que lleva la difícil carga de personificar a un Elio que se desenvuelve como narrador en primera persona en la novela. Chalamet acierta, pues encuentra la manera de exteriorizar, a través de sutilezas en la mirada o el lenguaje no verbal, todo el imperio de sensaciones, tribulaciones y descubrimientos que transmite Elio, en el libro, a través de su recuento introspectivo de lo que sucedió con Oliver. Y es que el Elio que es fruto de la pluma de Aciman parte desde la nostalgia. Eso sí, a veces resultaban algo edulcoradas las reflexiones del Elio de papel —o en todo caso la prosa de Aciman—, y Chalamet permite aproximarnos al personaje conectando con una frescura y desfachatez que se agradecen.

Otro detalle de la novela es que es mucho más autoconclusiva que el filme, si bien ya se ha promocionado una secuela tanto del libro como de la película. Pero sí, la historia de Oliver y Elio queda mucho más detallada en la encarnación literaria y podemos conocer todo el impacto que esos momentos desencadenan en aquel joven que no solo vive su primer amor sino también el descubrimiento de su naturaleza; una experiencia que se vuelve un eco a través del tiempo, hasta un reencuentro con Oliver. En el caso de *Secreto en la montaña*, ya de por sí fue bien complicado encontrar el relato y, la verdad, aquel universo aparece mucho más rico e interesante bajo la mirada de Ang Lee y las sólidas interpretaciones de Gyllenhaal y, sobre todo, Ledger, que no solo se hace extraño por su inalcanzable Joker sino también por actuaciones como esta: el taciturno, parco y flemático Ennis del Mar.



Fuente: Film Biery

Foto:
Llámame por tu nombre

¿Es mejor hablar o morir?

A través de los puntos de coincidencia entre *Llámame por tu nombre* y *Secreto en la montaña* podemos aproximarnos a ciertas verdades a veces felices y otras veces difíciles de digerir.

Primero, lo que es motivo de celebración. El amor, aquel término que rompe la tendencia de nombrar algo que ya existe y, en cambio, tiene a todos los seres humanos confundidos intentando brindar a esta palabra un significado que nos satisfaga (imposible) o emprendiendo acciones que la justifiquen. Menos clara aún se encuentra la situación al momento de afrontar este sentimiento (o *collage* de sentimientos), administrarlo, manejarlo o, peor aún, retenerlo. Pero en algo podemos coincidir cuando hallamos en ambas obras elementos que pueden permitirnos acercarnos a su esencia. Por ejemplo, el hecho del juego de la seducción, coreografía de sobreactuadas indiferencias, calculadas sutilezas o gestos, y a veces palabras, que tienen que contemplarse o bajo la lupa del temor y la esperanza, o a veces quemarse con algún arrebato para descubrir la verdad que ocultan.

Cuando los enamorados de *Llámame por tu nombre* lamentan todo el tiempo que perdieron y cuando, en esa misma escena, Elio le reclama a Oliver que nunca le dio alguna pista sobre sus sentimientos, este último responde lo que probablemente alguna vez pensamos, dijimos o nos dijeron: “claro que te lo hice notar”. Algo que podría traducirse, para nuestra cotidianidad, en un “¡pero si te di indirectas!”. En ese caso la señal consistió en apenas presionar el hombro del otro con un énfasis esquivo para quien recibe el gesto, pero contundente para quien lo da. En qué otro terreno, sino en el amor, los puntos de vista y las perspectivas son tan diferentes y al mismo tiempo determinantes. Y a partir de allí lo único que bailaron ambos fue una danza de silencios y resentimientos, un juego de las escondidas donde lo que más querían ambos era encontrarse finalmente. La culminación. El goce. La camisa manchada que vuela y volará por siempre en los recuerdos. Idéntico a cuando el *fucking* Jack Twist (así lo diría Del Mar) se hace el que no se come

con los ojos a Ennis la primera vez que lo ve. En el caso de ellos dos el silencio no dura tanto como arma de seducción, sino que se sedimenta, a lo largo de los años, como un recipiente donde fermentan frases tan cáusticas como el “ojalá supiera cómo dejarte” de Twist o su “te diré una cosa, pudimos tener una vida juntos, una vida que te cagas, en nuestro propio rancho, pero tú no quisiste, Ennis, ¿y qué tenemos ahora? ¡Esta montaña!”.

“¿Es mejor hablar o morir?” se vuelve una pregunta central en *Llámame por tu nombre*, un cuestionamiento que surge desde el *Heptamerón* (Margarita de Navarra, 1558), pero que debe ser el mismo al que nos hayamos enfrentado alguna vez, cuando nuestras palabras pueden ser la única forma de llegar al ser amado o descubrir que nuestros sentimientos no son correspondidos. Otro tipo de muerte, sí, pero ¿acaso no es peor morir presas de la incertidumbre?

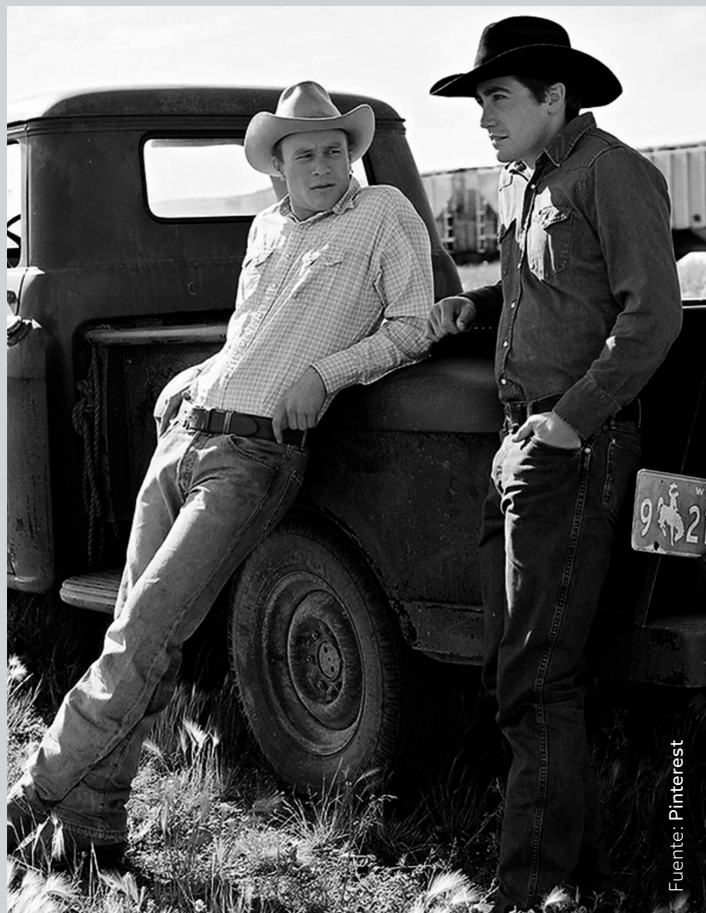
Para celebrar también una verdad tan evidente, que incluso llega al cliché de las tarjetas por el día de San Valentín, es el hecho de que el alma de todo amor inolvidable es una gran amistad. Elio y Oliver, tal como lo menciona el padre del segundo, sobre todo compartieron una gran amistad, y lo mismo sucede entre Jack y Ennis. Una amistad elevadísima en el caso de los dos primeros, ya tanto que la verosimilitud tropieza, pues es complicado creerse que todas las conversaciones deban ser así de profundas cuando gran parte de las relaciones también se sostiene en trivialidades. Una amistad algo más silvestre y ruda en el caso de los segundos, que se desenvuelven más a través del contacto físico.

Amistad: dicese de aquella relación en la que abundan las conversaciones, pero también los silencios cómodos, la complicidad y las bromas, las discusiones y los puntos de vista diferentes, o hasta incluso los enfrentamientos. Antes que amantes, son amigos, porque quizá la promesa de la amistad es la única que podamos cumplir cuando el deseo se avejenta. Un deseo que en ambas historias permanece vivo, tal vez, por su carácter de relación platónica, idealizada o, al menos, intermitente. O mueres siendo héroe o vives lo suficiente para ser villano podría compararse con o amas rápidamente o lo sostienes lo suficiente como para traducirlo en hastío. Algo así como lo que retrata José Watanabe en *El guardián del hielo* (1999): “ama rápido, me dijo el sol”. Ese pareciera ser el desafío velado tras estas dos películas, la lucha contra la costumbre que ninguna de las parejas decide afrontar. Porque ambos amores son fugaces. Quizá por eso la marca que dejan es mucho más elocuente, porque esas cicatrices se alimentan de todo lo que la imaginación, el recuerdo y el anhelo aportan para que no dejen de ser gigantes, colosos, aquellos amores.

Para lamentar, sin embargo, esa especie de uso instrumental que en ambas historias dan los hombres a las mujeres, ya sea como recursos para

la reproducción o como formas de sustentar un estilo de vida, que es lo que sucede con *Del Mar y Twist*, respectivamente; o simplemente juguetes y distracciones, que es lo que parecen ser para Oliver y Elio. Sobre todo en el caso de este último, que no encuentra mejor manera de acelerar la espera de su primera noche junto a Oliver que tontear por ahí con Maritza, quien incluso ya le había advertido: “Creo que me vas a hacer sufrir y no quiero sufrir”. Para lamentar también esa autocensura que los personajes se imponen a sí mismos, con un Oliver que, luego de su idilio de verano, vuelve al confort de su compromiso con su novia; con un *Del Mar* que prefiere la soledad a arriesgarse a convertirse en aquel hombre que vio morir de niño, asesinado por el simple hecho de amar a otro hombre. Aunque ambas realidades son un fiel testimonio de sus épocas y una denuncia a lo que fue nuestra sociedad, que felizmente —aunque lejos aún— cada vez da una mayor bienvenida a la inclusión. Y aquí sí creo que se puede, y se debe, ondear la bandera LGTB; ojalá obras como estas se utilicen para educar, para despertar en los jóvenes, y en todos en general, la consciencia de que el amor es más fuerte que clasificaciones y estereotipos. De que hay que llamarlo por su nombre, sea cual fuera la ecuación que lo conforma y le da impulso. ◻

Foto:
*Secreto en la
montaña*



Fuente: Pinterest